

ISBN 978-950-33-1673-3

Edición de
MARÍA PAULA BUTELER
IGNACIO HEREDIA
SANTIAGO MARENGO
SOFÍA MONDACA

Filosofía de la Ciencia

por Jóvenes Investigadores

vol.2

Filosofía de la Ciencia por Jóvenes Investigadores vol. 2

Edición de

María Paula Buteler
Ignacio Heredia
Santiago Marengo
Sofía Mondaca

Colecciones
del CIFYH 

Filosofía de la Ciencia por Jóvenes Investigadores vol. 2 / Ignacio Heredia ... [et al.]; editado por María Paula Buteler... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1673-3

1. Filosofía de la Ciencia. 2. Jóvenes. I. Heredia, Ignacio. II. Buteler, María Paula, ed.
CDD 121

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de cubierta y contracubierta: Detalle del retrato de Carpenter (1836), autora: Margaret Sarah Carpenter. Imagen de dominio público editada por Martina Schilling.

Imagen de portads interiores: Retrato de Ada Lovelace, autore desconocido, circa 1840. Seis diseños en color por Ignacio Heredia.

2022



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Davidson. Coherentismo, externismo y escepticismo

Germán Arroyo*

El escepticismo filosófico respecto del mundo externo representa siempre un desafío para cualquier filósofo que pretenda explicar (1) cómo es que nuestras creencias acerca del mundo pueden llegar a ser verdaderas y (2) cuáles son las razones que tenemos para afirmar que nuestras creencias son verdaderas. Planteada la cuestión de este modo, el pronombre posesivo “nuestras” determina ya la orientación de la respuesta al desafío escéptico: se trata de responder desde el punto de vista de la primera persona. Filósofos como Davidson han intentado responder a este desafío articulando en sus reflexiones este punto de vista con el de la tercera persona, adoptando una posición internalista respecto de la justificación y una externalista en lo que hace a la determinación del contenido de las creencias.

En el presente trabajo expondremos, en primer lugar, la propuesta de Davidson en torno a la verdad y la justificación de las creencias acerca del mundo externo y el modo en que, presuntamente, el escepticismo se ve refutado. A continuación, analizaremos críticamente los argumentos de Davidson para evaluar la viabilidad de sus respuestas al desafío escéptico. Nuestra tesis será que los elementos teóricos que integran la teoría del conocimiento davidsoniana (coherentismo y externismo) son insostenibles por sí mismos a la vez que incompatibles entre sí, y que más que resolver el problema que plantea el escepticismo vuelve ininteligible la noción de justificación.

La coherencia genera correspondencia

En su artículo “Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia” (1992), Davidson se propone defender, tal como reza su título, una teoría de la coherencia acerca de la verdad y el conocimiento. Lo que quiere demostrar es que la coherencia genera correspondencia sin necesidad de acudir a ninguna clase de confrontación con el mundo a través de nues-

* FFyH, UNC / germanarroyo7@gmail.com

tros datos sensibles. La prueba de la verdad de nuestras creencias radicaría no en la confrontación de cada una de ellas con una instancia independiente del sistema de creencias coherente al que pertenece sino en el hecho de que toda creencia que pueda ser integrada en un sistema semejante posee una presunción a favor de su verdad. Ahora bien, la verdad como tal es una noción primitiva para Davidson, en el sentido de que es algo tan simple como que la verdad de una emisión depende únicamente de dos cosas: “lo que significan las palabras dichas y el modo en que está dispuesto el mundo” (Davidson, 1992, pp. 76-77). Al leer estas afirmaciones, nos vemos inclinados a preguntar qué relación tiene el mundo con nuestras creencias si es que la prueba o justificación de la verdad de las mismas no puede depender de nuestra apelación a algo que no sea una creencia. La relación, dice Davidson, es causal. El mundo causa sensaciones en nosotros y las sensaciones causan creencias, pero la justificación de la verdad de esas creencias sólo puede radicar en su adecuación a un sistema coherente de creencias mayoritariamente verdaderas. La razón por la que Davidson no quiere identificar causa con razón es que el escéptico tendría a mano inmediatamente una inevitable pregunta: “¿qué justifica la creencia de que nuestros sentidos no nos engañan sistemáticamente? Pues aún si las sensaciones justifican la creencia en la sensación, todavía no vemos cómo justifican la creencia en eventos y objetos externos” (Davidson, 1992, p. 81). La respuesta es, entonces, que la razón por la que sostenemos nuestras creencias no radica en su confrontación con nuestros datos sensoriales sino en su articulación con un conjunto de creencias coherentes. Pero esto no basta para que Davidson admita, como también lo hace en su artículo “Las condiciones del pensamiento” (1992), que “[...] en los casos más simples, los eventos y objetos que causan una creencia determinan también los contenidos de la misma” (Davidson, 1992, p. 155). Para afirmar esto resulta necesario adoptar el punto de vista de la tercera persona, puesto que el hecho de que los objetos del mundo causen nuestras creencias no es una afirmación que pueda hacer un sujeto desde su propia perspectiva; debe haber, necesariamente, otro sujeto con el cual interactuar de manera tal que entre ambos puedan llegar a la conciencia de que aquello que causa las creencias del otro es lo mismo que causa las propias. No entraremos ahora en los detalles de la triangulación, pero creemos que señalar esta diferencia de puntos de vista es esencial para lo que diremos acerca de los defectos de la teoría davidsoniana en cuanto a la relación entre verdad y

justificación. Lo que sí diremos es que los argumentos esgrimidos por Davidson en torno a la interpretación de un observador de los dichos de un hablante para llegar a atribuirle creencias le sirven para ilustrar el modo en que las creencias adquieren su contenido, es decir, por su relación causal con los objetos de un mundo compartido. Este modo de explicar el origen de nuestras creencias recibe el nombre de *externismo* debido a que, como dice el mismo Davidson, “La historia causal determina en parte lo que piensa [el hablante], pero esta determinación es independiente de cualquier conocimiento que él pueda tener de dicha historia causal” (Davidson, 1992, p. 156). Si el *externismo* es verdadero, dice Davidson, no puede haber una pregunta adicional acerca de cómo es posible el conocimiento del mundo externo. El hecho de que los pensamientos tengan su causa normal en los objetos del mundo desde el punto de vista de un observador garantiza que, si no cada creencia particular, al menos la mayoría de ellas sea verdadera considerando de manera holista el conjunto que forman.

Como vemos, Davidson apela a dos estrategias para responder al esceptico. En primer lugar, desde el punto de vista de la primera persona, uno no está habilitado a justificar sus creencias en base a un proceso causal del cual no puede ser consciente, puesto que podría ser perfectamente el caso que la evidencia en la que nos apoyamos, es decir, nuestros datos sensoriales, sean tal como son sin que se correspondan con nada fuera de nosotros. Justificamos nuestras creencias en base a otras creencias, y eso nos protege del escepticismo. Por otro lado, desde una perspectiva de tercera persona podemos afirmar que el contenido de nuestras creencias es causalmente determinado por objetos físicos existentes en un mundo compartido sólo si existen dos personas que se comunican y que pueden identificar dichos objetos como la causa común de sus creencias en base al modo en que cada uno reacciona ante ellos. Esta doble respuesta, creemos, tiene serias dificultades que analizaremos en el apartado siguiente.

La coherencia no genera correspondencia

Creemos que tanto el *coherentismo* como el *externismo* que adopta Davidson no pueden sostenerse consistentemente tomados de manera individual; a su vez, juntos son incompatibles. Por lo tanto, tampoco pueden responder al esceptico respecto del mundo externo, es decir, a aquél que

afirma que los datos de nuestros sentidos pueden ser tal como son sin que el mundo se corresponda con ellos o siquiera exista.

En primer lugar, la pretensión de que la coherencia genere correspondencia carece totalmente de sentido si no existe ninguna clase de confrontación con el mundo. Davidson no explica cómo nuestro sistema coherente de creencias es en general verdadero sólo tomando en cuenta la coherencia, y parecería que una explicación semejante es indispensable para la justificación. Necesita apelar a la relación causal entre el mundo y nuestras creencias, y por lo tanto al externismo, para dotar de sentido a esta idea de correspondencia. Y esto es evidente, puesto que su definición de verdad lo compromete con alguna clase de acercamiento al mundo que no sea meramente conjetural. Ahora bien, explicaciones de tipo externalista como las que dan lugar a la interpretación radical no deberían formar parte de la tesis según la cual sólo una creencia puede justificar otra creencia. Esto por la sencilla razón de que si sólo una creencia puede justificar otra creencia, entonces apelar al mundo externo como fuente de verdad invalidaría esa misma tesis. A su vez, sin alguna explicación de este tipo ni siquiera la idea de presunción de verdad tiene sentido. Sin recurrir a esta relación causal para la justificación, hay una pregunta que se vuelve inevitable: ¿Por qué mi conjunto coherente de creencias es en general verdadero (afirmación del propio Davidson¹) acerca del mundo si no existe ninguna instancia independiente (el mundo) que pueda habilitarme a justificar esta afirmación?

Por otra parte, ¿qué objeto tiene decir que ninguna creencia en particular pueda estar justificada en cuanto a su verdad acerca de aquello que contiene (y que la causa)? Si una creencia tan simple como “he ahí una mesa” necesita de otras creencias para justificarse, no parecería que dicha justificación sea una del tipo que realizamos cotidianamente; nadie hace intervenir intermediarios epistémicos (Davidson, 1994, p. 83), salvo los filósofos. Es decir, ¿qué tipo de creencias aduciríamos a favor de “he ahí una mesa”? ¿Acaso alguien estaría dando una mala justificación al responder a la pregunta por las razones que tiene para creer que hay ahí una mesa con la simple frase: “porque la veo”? Parecería que no. Esto no es una mera objeción de sentido común, sino que remite a la aplicabilidad del coheren-

¹ “La pregunta: ¿Cómo sé que mis creencias son en general verdaderas? Encierra en sí misma la respuesta, a saber: sencillamente porque las creencias son en general verdaderas por naturaleza” (Davidson, 1994, p. 96).

tismo. Si creencias básicas del tipo que mencionamos no pueden justificarse apelando a la existencia de un objeto externo sino a otras creencias, entonces nos hallamos en serias dificultades a la hora de explicar por qué creemos lo que creemos a menos que seamos filósofos. Una cosa es explicar cómo justificamos en general nuestras creencias y otra muy diferente es proponer una teoría para hacer frente al argumento escéptico.

Lo que ocurre aquí es que al aislar de tal manera justificación de verdad, Davidson vuelve ininteligible la primera. Si la coherencia brinda justificación a una creencia y la correspondencia la hace verdadera, entonces coherencia y correspondencia tienen papeles tan distintos que su teoría las vuelve contradictorias. Creemos que todo este aparato teórico para justificar una creencia sin apelar a sus causas se debe a que mantiene que los datos sensoriales cumplen la función de intermediarios causales. Si no existieran estos intermediarios, Davidson no tendría que preguntarse por cómo estos intermediarios pueden garantizarnos la existencia del mundo. De otra manera, estaríamos plenamente habilitados a decir que creemos que existe el mundo porque el mundo es el que causa nuestras creencias, y no hay pregunta adicional acerca de por qué lo creemos; no necesitamos apelar a ninguna otra creencia, al menos en los casos más básicos.

Por su parte, el externismo, del que depende la afirmación de que nuestras creencias son causadas por el mundo, también adolece de graves defectos. Un observador que pretenda atribuir creencias a un hablante y significado a sus emisiones debe ser capaz de dar cuenta de la existencia de ese hablante, puesto que, *strictu sensu*, es también un objeto del mundo externo. Una vez que decimos que “[...] no podemos salir de nuestra piel para descubrir lo que causa los acontecimientos internos de los que tenemos consciencia” (Davidson, 1992, p. 83), no podemos hablar en ningún sentido de otras personas y de sus preferencias, tal como lo requiere la interpretación radical de Davidson. Pero esto es así porque esa afirmación es realizada bajo el supuesto de que entre nosotros y el mundo están nuestros sentidos. Si Davidson no permitiera intermediarios causales, no habría pregunta acerca de cómo sé que aquello que veo es una persona que emite preferencias y no un engaño. Pero entonces no habría necesidad de apelar al externismo, puesto que ya no necesitaría de otra persona que garantizara que mis creencias acerca del mundo son verdaderas. A lo sumo sería un mero testigo, pero yo estaría justificado a decir que mis creencias per-

ceptivas son verdaderas sin necesidad de apelar a otras creencias u otras personas.

Como vimos, el coherentismo y el externismo no se sostienen por sí mismos. Pero a su vez Davidson no puede hacerlos intervenir en una teoría coherente acerca de la justificación y la verdad, puesto que justificación y verdad dependen, cada una por su lado, respectivamente, de la coherencia y de la correspondencia. Sin aducir cadenas causales que den contenido a nuestras creencias, la mera coherencia no las justifica, ni siquiera en el grado de la mera presunción. El hecho es que este movimiento está prohibido si somos verdaderamente coherentistas: no podemos mencionar siquiera una sola vez la causa de nuestras creencias a la hora de hablar de su justificación. A su vez, un observador que intente establecer las causas de las creencias de otro debe dar razón de su creencia de que existe ese otro, y esa razón debe ser una del tipo requerida por Davidson: debe apelar a otras creencias, puesto que, si no, debería afirmarlo sobre la base de aquello que intenta probar: que el mundo externo causa nuestras creencias (incluso la de que existen otros seres humanos), y este tipo de explicaciones no puede darse para justificar las propias creencias. Pero si logra dar razón de su creencia en la existencia de otra criatura de modo puramente coherentista, el externismo se volvería superfluo, o al menos innecesario, al menos en lo que respecta a la prueba de la existencia del mundo, puesto que, si sabe que existe otro sujeto, y lo sabe sobre la base de su propio sistema coherente de creencias, no necesita probar que el mundo causa las creencias de otros para llegar a la conclusión de que también causa las suyas.

Conclusión

Por lo expuesto, vemos que la justificación se vuelve ininteligible si se la aleja de la verdad del modo en que lo hace Davidson. Si la coherencia es considerada como el único medio para probar la verdad de una creencia y la correspondencia el único para hacer que esa creencia se conecte de algún modo con el mundo, entonces no hay manera de articular estos dos conceptos en una teoría consistente acerca de la verdad y la justificación. No es posible adoptar dos puntos de vista distintos -y por lo tanto dos teorías distintas- para explicar cada uno de estos conceptos, puesto que, como vimos, estos puntos de vista son insostenibles individualmente y



juntos son incompatibles, al menos en lo que respecta a mantener las características definitorias de cada uno de ellos: tomados en sus postulados característicos, no pueden convivir sin desdibujarse mutuamente. O formulamos una teoría coherentista de la verdad y la justificación, adoptando una perspectiva de primera persona, o una teoría correspondentista, apelando al externismo. Pero aun así en ningún caso el escepticismo acerca del mundo externo se vería refutado. El coherentismo no puede explicar cómo nuestro sistema coherente de creencias está relacionado con la existencia de un mundo, del mismo modo que el correspondentismo de carácter externalista falla a la hora de dar un primer paso que es esencial: justificar la afirmación de que existe otro sujeto con el cual interactuamos.

Referencias Bibliográficas

- Davidson, D. (1994). Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia. En *Mente, mundo y acción*. Paidós.
- Davidson, D. (1994). Las condiciones del pensamiento. En *Mente, mundo y acción*. Paidós.